

LA NOVELA FILM

N.º II

30 cts.



MURMURACION

La Novela Film

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96
Administración | BARCELONA

Año I

N.º 11

GOSSIP - 1923

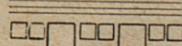
Murmuración

— POR —
GLADYS WALTON

— PRODUCCIÓN —
UNIVERSAL ESPECIAL
—

CONCE-
SIONARIA **HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.**

— Valencia, 233 —
BARCELONA



Prohibida la
reproducción



MURMURACIÓN

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Durante muchos años, la prosperidad del pueblo de Hilton, dependió del éxito comercial que en el mercado obtenían los productos de la "Compañía Manufacturera de Ward".

El fundador de la casa había sido obrero en sus principios, razón por la que conocía perfectamente los problemas de sus obreros, quienes sabían que podían contar con la buena voluntad de él, seguros de que les daría siempre lo que en justicia les perteneciese.

Hiram Ward, nieto del fundador de la Compañía, cuya dirección le estaba ahora encarnizada, tenía el poder director de su abuelo, sin su simpatía y tolerancia, y la habilidad en los negocios de su padre, pero ignoraba por completo las modernas condiciones del trabajo.

Esta su incomprendión para los problemas sociales, fué la causa de que su actitud no respondiera a los deseos de sus subordinados el día en que una comisión de éstos acudió a verle a su despacho, para pedirle un ligero aumento de los salarios.

—No sois vosotros los que tenéis que hacerme indicaciones de cómo he de llevar mi nego-

cio—les dijo autoritariamente.—Yo estoy satisfecho. ¡Si vosotros no lo estáis... con dejar el puesto queda todo arreglado!

Uno de los comisionados, de edad avanzada, destacóse de sus compañeros y dijo con voz serena:

—Yo trabajé con su abuelo, cuando él era un obrero como yo... y, luego, trabajé para él. Su padre siempre fué justo, pero usted parece no comprender que todo ha subido de precio, que la vida hoy es más cara y que, por lo tanto, no podemos vivir decorosamente con los antiguos salarios.

Sin llegar a un acuerdo, los obreros salieron del despacho del director. De entre ellos había uno, John Mugen, que tenía acerca de los derechos del trabajo ideas tan extremistas como las de Ward acerca de los derechos del capital. Su temperamento le incitaba a actitudes de violencia y trató de arrastrar tras sí a sus compañeros.

El era quien había opuesto a la negativa del director la amenaza de la réplica siguiente:

—Si no llegamos a un acuerdo para mañana por la tarde... iremos a la huelga.

Amenaza a la que Ward respondió airadamente, arrojando a los obreros de su despacho.

Acababan éstos de salir cuando entró Robert Atwater Williamson, fraternal amigo de Ward y su secretario particular.

—¿Qué tal?—preguntó al entrar.—¿Has dis-

cutido ya bastante con tus obreros?... ¡Cómo se conoce que ese es tu sport favorito!

Ward no contestó. Estaba ceñudo, descontento de sí mismo e irritado contra los que pretendían imponérsele, contrariando su voluntad.

Los obreros fluctuaban, en tanto, indecisos entre seguir los consejos de su anciano compañero o las incitaciones de John.

—Muchachos, no hay necesidad de huelga—decía el viejo.—Los Ward siempre han sido justos, y el señor Hiram es un Ward.

—Está mintiendo—afirmó John interrumpiendo al viejo.—No le hagáis caso; todos habéis oído cómo él nos dijo que nos marchásemos.

—Acudamos mañana al trabajo y todo se arreglará perfectamente—repuso el conciliador.

Y luego, dirigiéndose a John, añadió:

—Las cosas no pueden mejorarse tratando de empeorarlas.

Se acercaba la noche. Comenzó a llover. En los hogares de los obreros la vida parecía haber perdido los encantos de otros tiempos. Un sentimiento de tristeza dominaba a la población obrera de Hilton.

Ahora la lluvia arreciaba empavoreciendo la noche y, lo mismo que ella, en el alma de Hiram desencadenábase la tormenta de la ira.

—Van a saber quién es el amo—dijo a su secretario mientras se paseaba a lo largo de una de las salas de su casa.

Robert, de cuyos labios nunca se caía la pipa

del cigarro, rióse levemente de la cólera de su amigo.

—Aunque tenga que cerrar las fábricas durante un año para probarles quién es el que manda aquí, no me volveré atrás—añadió Hiram.

Robert deshizo de una uñada la ceniza de su pitillo, y, sin dejar de sonreír, disparó contra su amigo estas palabras:

—Si yo tuviera todo el dinero que tus trabajadores te han hecho ganar, les pagaría lo suficiente para que pudiesen vivir.

—¿Qué sabes tú de esto?... Tú, Robert, desconoces la forma de llevar un negocio como el mío.

Un "auto" se detuvo a la puerta de la casa de Ward. De él descendió una encantadora jovencita, vestida con arreglo a la moda de sus abuelas.

Era la señorita Carolina Westhersbas, cuya presencia desconcertó a Hiram y produjo una agradable sorpresa a Robert, que leyó en seguida la inocencia en el rostro de la joven.

—He venido a hacerles una visita—dijo la muchacha a los dos hombres.

—¿Quién es usted y qué es lo que desea?—le preguntó Hiram con cierta dureza.

Ella puso cara de susto y repuso:

—Usted me asusta... Ella me dijo que usted se pondría muy contento al verme. ¿No lo está usted?

—Haga el favor de contestarme. ¿Qué es lo que quiere?

Robert retiróse a una habitación contigua, encantado de la lucha que acababa de entablarse



De él descendió una encantadora jovencita, vestida con arreglo a la moda de sus abuelas.

entre el recelo de su amigo y la ingenuidad de la desconocida.

—¿Que qué es lo que quiero?—interrogó la muchacha con perplejidad.—¿No es usted el señor Hiram Ward?

—Claro que sí. Pero la cuestión es la siguiente: ¿Por qué ha venido usted a verme?

—Yo soy Carolina Westhersbas, de Willwood, Virginia; pero me figuro que usted no



Carolina Westhersbas. — GLADYS WALTON
es el señor Hiram Ward, al que mi tía me manda.

Como la mirada de Hiram parecía demandar una explicación, la joven se puso a referirle, con su dulce voz de doncella, las causas que la trajeron hasta allí.

—Hace un mes—empezó diciendo—mi tía me dijo: “Cuando yo muera, vete a casa de Hiram Ward, en Hilton. Nunca me casé con él, porque nuestros padres nos separaron... El es un caballero y te querrá por mí. Dile que he vivido... y que moriré... queriéndole.”

La palabra suave de la muchacha siguió contando los pormenores de aquella escena, en que su tía, entre otras cosas, le dijo:

—Acuérdate de que eres una dama de Virginia y que siempre puedes contar con la caballeriosidad de un caballero como el señor Ward.

Hiram observaba a la joven con inquietud y desconfianza, sin poder substraerse, sin embargo, al encantador influjo que se desprendía de ella.

Carolina concluyó su relato y añadió:

—Me figuro que el Hiram Ward de mi tía se ha muerto esperando a su amada, lo mismo que le ha sucedido a ella; pero si usted es su hijo, por fuerza tiene que ser también un caballero y yo puedo confiar en usted.

Hiram no quiso dejarse vencer por la sugerión de la muchacha, y dijo:

—Es usted una buena actriz, señorita Westhersbas de Willwood... Creo que todo esto es sólo un complot de los huelguistas para comprometerme.

Ella le miró con sus ojos claros, como si no le comprendiese.

—Ustedes, los caballeros del Norte, usan unas

palabras tan raras que no las entiendo—repuso sencillamente.

Su tía habíale inspirado tal confianza en la caballerosidad de todo el que llevase el apellido de los Ward, que la joven no maliciaba intención ofensiva en las palabras de Hiram, aceptándolas como una broma.

—Y bueno, ¿qué?—preguntó de pronto.—He hecho un viaje muy largo y tengo apetito... ¿No quiere usted darme algo de comer?

Robert, que escuchaba la conversación, apareció en el acto y apresuróse a servirla él mismo, tomando los platos de manos del mayor-domo, y sin advertir, al parecer, los gestos de desagrado de su amigo.

Carolina, contenta de verse tan bien cuidada, reía y charlaba.

—¿No dice usted nada, señor Ward?

Hiram no tenía ganas de hablar; pero la pregunta de ella le irritó.

—¿Qué voy a hacer con esa muchacha?—preguntó a su secretario.

—No puedes dejarla en la calle en una noche como esta. Creo que eres un caballero, como la señorita te ha repetido más de una vez. ¡Obra, pues, como tal!

Hiram no se convenció.

—Señorita—dijo a la joven.—Usted y sus compañeros han fracasado, pues yo no creo ninguna de las tonterías que me ha dicho.

Carolina se asombró. Acordóse en seguida

de lo que le había dicho su tía, y no tomó en serio el juicio de Hiram.

Por si acaso, Robert, temiendo que su amigo hiciese alguna tontería, abrió la puerta de la calle y despidió al “auto” en que ella había venido.

Entonces, Hiram, dominado por las circunstancias, dispuso a su ama de llaves que preparase a la forastera una habitación, a la que Carolina se retiró poco después.

Robert seguía satisfechísimo de todo lo que sucedía. Miraba a Hiram y cerraba a medias los ojos para que él no notase su alegría.

—¿No ves que todo esto de la muchacha va a dar motivo a mis enemigos para que me ataquen?

Este temor de Ward hizo encogerse de hombros a Robert.

—Un hombre—añadió Hiram—puede ser un caballero sin hacer locuras.

Robert volvióse a encoger de hombros.
Y así concluyó aquel día.

* * *

El sol invadió con su luz la alcoba de Carolina, muy de mañana.

Abajo, Hiram, levantado ya, desayunaba solo. A Robert sorprendióle no encontrar a su amigo en el comedor.

—¿Dónde está Hiram?—preguntó al mayor-domo.

—El señor está en el otro comedor. Ha preferido desayunar solo.

Apenas si Ward levantó la cabeza viendo a

su amigo, que se acercó a él más contento que nunca de todo lo que sucediera la noche anterior.

—¿Qué, todavía sigues pensando que eres la víctima de una conspiración?

—Tú no tienes nada que perder—dijo Hi-



...dispuso a su ama de llaves que preparase a la forastera una habitación...

ram—pero nosotros, los Ward, hasta ahora hemos salvado nuestro nombre del escándalo, y esa muchacha va a dar ocasión a la gente para que murmuré.

Carolina acababa de levantarse y, vestida con su traje de gala—un modelo del año 1895—presentóse en el comedor donde se hallaban los

dos amigos y se dispuso a desayunar, aceptando el puesto que le ofrecía Robert.

—Estoy preocupado por usted—le dijo Hiram.

—¿Por mí?—inquirió Carolina estupefacta.

—Sí, por usted... ¿Qué dirá la gente por haber pasado la noche en mi casa?

—¿Y vamos a despedirla ahora?—preguntó Robert.

—No tengo nada que temer—repuso la joven.—Ustedes son dos caballeros.

Repetía el mismo concepto, como si fuera una lección bien estudiada y mejor aprendida, aun cuando era la expresión justa de su ingenuidad, aleccionada por su tía.

—Mi tía Lucrecia—añadió—me dijo que un caballero siempre está dispuesto a ayudar a una dama...

Observó a los dos hombres sonriendo.

—Una dama no debe tener nunca miedo de nada cuando un caballero está cerca de ella para protegerla.

Hiram levantóse, no pudiendo resistir aquella incesante alusión a la caballerosidad.

Al quedarse solos Carolina y Robert, ella dijo, dando forma a una observación que ya había hecho la noche anterior, viendo el rostro rasurado de Hiram y el de su secretario, en el que apenas lucía un pequeño bigote:

—Nuestros caballeros de Virginia todos tienen grandes patillas.

Antes de salir, Hiram había llamado a su

ama de llaves, para decirle:

—Esa muchacha no parece una aventurera. Posible es que sea lo que dice. Cuide usted de ella mientras yo pienso lo más conveniente... ¡Ah! Procúrele un traje moderno. Vistiéndose de la manera que lo hace, va a dar pretexto a la gente para que se ría de mí.

Carolina no protestó cuando le dijeron que tenía que vestirse de otro modo; contentóse con replicar:

—Tía Lucrecia me dijo: ““Ponte este traje e Hiram Ward te reconocerá.””

Y, Robert, oyéndola, sintió que su alegría aumentaba por todas aquellas cosas que estaban sucediendo desde la inesperada llegada de la señorita Westhersbas, de Willwood.

II

La señora Hoyne, prima de Ward, viuda de buen aspecto, que ha puesto los ojos en los millones del rico fabricante, presentóse en casa de su primo poco después de salir éste y en el instante en que Carolina, acompañada del ama de llaves, preparábase a ir de compras para vestirse con arreglo a un patrón más moderno.

—El señor no está—dijo el mayordomo a la viuda.

—Iré a verle al despacho—repuso la señora Hoyne.

Sus ojos se fijaron un momento en Carolina, que la saludaba con una gentil reverencia, y exclamó:

—¡Oh, qué criatura más linda!

Y se marchó, llevándose consigo las inquietudes de su estado, que la impelían a buscar de nuevo un hombre que se casase con ella.

Por la tarde de aquel día, la población obrera de Hilton se preguntaba temerosa: “¿Qué decidirá Hiram Ward?”

El plazo que los obreros dieran al director para ir o no a la huelga concluía entonces, y una comisión había acudido a entrevistarse con él para conocer la respuesta que daba a sus demandas.

Tenaz en sus decisiones, Hiram no quiso acceder a conceder las mejoras que solicitaban de él, y así dijo a los comisionados:

—Id a la huelga, si la huelga os place, pero os aseguro que no he de subiros un solo centavo vuestro salario.

—¡Esto es un atropello a nuestros derechos! —exclamó John.

Sus compañeros, viendo su actitud iracunda frente al patrono, procuraron contenerle, mientras Hiram les señalaba la puerta.

—Estamos en huelga—dijo el viejo obrero que había sido camarada del abuelo de Hiram a sus compañeros, que esperaban fuera.—Hemos fracasado porque el señor Hiram no comprende nuestras necesidades y porque John le contradijo.

Aquello significaba el paro y el hambre. Por los rostros curtidos de los trabajadores pasó la sombra del temor, de miedo a los días que

pronto llegarían sin que en su casa hubiera fuego y un poco de pan.

—Por culpa de los extremistas de los dos bandos—añadió el que hablaba—el obrero tendrá que cargar con la peor parte.

John adelantóse al que esto dijo, y le increpó:

—¡Tú no eres el jefe! ¡No tienes valor para luchar por lo que queremos!

Y con palabra arrebatada y gesto violento, arengó a los compañeros, alentándolos a resistir, a luchar, si preciso fuera, por todos los medios, contra Hiram Ward.

En su despacho, Hiram alimentaba su propia irritación pensando en la manera de concluir con la resistencia de los trabajadores.

La señora Hoyne llegó en aquel momento. Robert le salió al encuentro.

—Hiram no sé si se encuentra en su despacho—dijo, queriendo librar a su amigo de la inoportuna presencia de su prima.

—Pues tengo que hablarle de un asunto urgente.

Robert pasó al despacho del director.

—La señora Hoyne desea verte.

—¡Oh, dile que no estoy en casa!

Pero la señora Hoyne, previéndose de su condición de parienta, no esperó a que la anunciasen, y entró en el despacho.

Hiram hizo una mueca y Robert le guiñó un ojo, saliendo y dejándole solo con la viuda.

—¡Pobre muchacho!—exclamó la señora

Hoyne con su voz más insinuante.—¡Tan listo como eres y verte ahora en este conflicto!... ¿Puedo yo ayudarte en algo?

Se inclinaba sobre la mesa de trabajo y apoderóse de una de las manos de Hiram, que trataba de disimular su despecho del mejor modo posible.

—¿Por qué no viniste al baile que dimos ayer por la noche a beneficio de los pobres? Realmente, tú eres el único de nuestra sociedad que sabe bailar.

Habíale pasado un brazo por los hombros, acercándosele, con el ánimo, tan frecuente en las viudas, de decidirlo a hacer una torpeza, tal como darle un beso o cosa parecida, pues ella estaba segura de que si lograba esto, la caballerosidad, característica de los Ward, obligaría a Hiram a pedirla en matrimonio.

Pero Hiram sabía defenderse de estas tentaciones, rehuynendo o aceptando con frialdad las elocuentes pruebas de cariño que su prima le daba.

—Hablando de todo—dijo ella.—Has ordenado a tus criados que se vistan al estilo colonial? ¡Qué bonito!

Hiram acordóse de Carolina y sonrió sin soltar prenda, atento exclusivamente a soportar con indiferencia las cada vez más entusiastas manifestaciones amorosas de la señora Hoyne.

Robert sabía el suplicio que para su amigo significaba la presencia de la viuda, e ideó el medio de librarl de ella.

Entró súbitamente en el despacho, cuando la situación se le hacia más difícil a Hiram, y dijo:

—Perdonen... La reunión de directores te está esperando.

La señora Hoyne se despidió. Ya en la puerta, antes de cerrarla tras sí, volvióse a su primo.

—No te dejes robar el corazón por ninguna forastera romántica—le previno.

Ward apretó la mano de Robert, agradeciéndole su intervención, tan oportuna.

—Sin duda—le dijo su secretario—tú eres muy hábil para los negocios... pero yo soy el que debe cuidar de las mujeres.

Pasó aquel día de preocupaciones y cuidados. Por la noche, Carolina apareció ante los dos amigos con su nuevo traje, de corte elegantísimo, que exaltaba las líneas armoniosas de su cuerpo.

—¡Muy bien, señorita!—la felicitó Robert. A ver, viérvase usted.

Ella se volvió, mostrando las gracias de su juventud. Luego dijo:

—Agradezco la bondad de ustedes por haberme comprado unos trajes tan bonitos. Ahora que yo soy quien debe pagarlos.

Abrió la mano, mostrando en ella una sola moneda y se la ofreció a Hiram.

—Hágame el favor de tomar este dólar. Yo sé que la ropa que me compraron vale más, pero esto es todo lo que tengo.

—¿Quién le ha dado esta moneda?—pre-

guntó Hiram mirando el dólar con creciente curiosidad.

—Es un regalo de mi tía.

Hiram consultó en seguida una guía de curiosidades numismáticas, que enseñó en seguida a su amigo, diciéndole:

—Este es el famoso dólar del año 1912, una moneda muy rara, valuada en unos cientos de dólares.

A Carolina no le produjo ninguna sorpresa este descubrimiento. El valor del dinero la tenía sin cuidado, pues no lo conocía.

Sus ojos miraron casualmente el reloj, y un risueño espanto infantil reflejóse en su rostro.

—Ya es hora de irse a la cama—dijo.

Hiram y Robert se miraron con extrañeza.

—Una dama joven de Virginia—añadió—nunca debe estar levantada después de las ocho.

Se inclinó haciendo un saludo y retiróse seguida por las miradas de los dos amigos, llenos de admiración hacia aquella niña tan ingenua y tan linda.

* * *

Transcurrieron algunas semanas y el hambre hizo su terrible aparición en los hogares de los obreros, a quienes la resistencia del patrono empezaba a desesperar, prendiendo en sus almas el fuego del odio.

En dos grupos, distintos en su manera de pensar, se hallaban divididos los huelguistas: uno era partidario de llegar a un acuerdo con

Ward, mientras el otro pretendía extremar las condiciones de la lucha, provocando, fuese como fuese, la ruina de la "Compañía Manufac-turera".

La opinión de los últimos prevaleció, y una mañana, los obreros dirijeronse tumultuosa-mente a casa de Hiram, rompiendo la verja que les cerraba el paso y amenazando con destruirlo todo.

El rumor de la multitud amotinada, que gri-taba pidiendo pan, llegó a Carolina, que se asomó a la ventana para contemplar, con mirada limpia de pasiones, aquella escena.

La presencia de la joven apaciguó a los obre-ros. John quitóse el sombrero y le explicó lo que sucedía.

—El lo tiene todo y no le importa que nosotros nos muramos de hambre—concluyó.

—¿Cómo es eso?—preguntó con sorpresa la joven.—Seguramente aquí debe haber una ma-lia inteligen-cia, porque el señor Ward es una buena persona.

Una mujer alzó entonces en alto a su hijo y mostróselo a Carolina.

—Señorita, mi niño se morirá si no le doy de comer. Otras mujeres, siguiendo el ejemplo de la anterior, alzaron también sobre sus cabe-zas a sus hijos desmirnados, enclenques y con-sumidos por la necesidad.

Carolina se apenó inmensamente.

—¿Quieren pasar adentro y comer alguna cosa? El señor Ward se alegraría mucho.

Los obreros, hambrientos, aceptaron la invi-

tación, y la muchacha convenció a los criados de la casa para que los sirviesen, ayudándoles ella misma.

La joven obraba sin consultarla con nadie, procediendo así por instinto. Aquellas gentes tenían hambre. La abundancia reinaba en la casa de Ward. ¿Qué menos, pues, podía ha-cer ella?

Hiram se encontraba en el despacho de la fábrica con su secretario, mientras en su casa, los obreros aceptaban, de manos de Carolina, el delicado paliativo que ella ofrecía a su ne-cesidad.

—¡Bob, me siento descorazonado!—exclamó Hiram.—Mis nervios pueden más que yo...
¿Por qué no me animas?

—Porque tú no lo quieres—contestó Robert.
—Sólo deseas que te digan a todo que sí y esto yo no puedo hacerlo.

Aplacada su hambre, los obreros volvían a excitarse.

—¡No venimos aquí a pedir una limosna, sino justicia!—gritaron algunos, arrojando al suelo la comida con que pretendía regalarlos la joven.

Esta conducta fué imitada por otros, y alzóse un clamoreo de protestas.

Carolina no comprendía bien el cambio de actitud de los obreros; sin embargo, algo de-cíale intimamente que, en parte, era suya la razón.

Asustado por las manifestaciones de los tra-

bajadores, el mayordomo pensó en telefonear a Hiram, el cual sufría entonces de nuevo la presencia de su prima.

Sin que nadie la llamase, como de costumbre, la señora Hoyne llegó al despacho de Ward.

—Algo me dice que me necesitas, querido primo. Por esto he venido en seguida.

—Gracias... pero por ahora no puedo utilizar tus servicios—replicó Hiram, queriendo desentenderse de la oficiosidad de la viuda.

Mas ésta no se dió por aludida, y prosiguió:

—Por supuesto, ya sabes lo que murmuran de ti, a propósito de tu protegida... Yo he procurado acallar la maledicencia de las gentes; pero, ¿se puede una oponer a lo que dicen?

—Déjalos que hablen lo que quieran. Se trata de una dama de Virginia, que es mi huésped, y, además, una de las muchachas más encantadoras que he conocido.

El elogio no agració mucho a la señora Hoyne.

En aquel instante sonó el timbre del teléfono. Hiram cogió el auricular.

—¡Un motín en mi casa!—exclamó.— Bob, telefonea a la policía... Yo corro allá...

Los obreros oían a John, que les hablaba su lenguaje de siempre, lleno de estridencias y amenazas.

—Nosotros hemos hecho esta casa—decía John—y la hemos provisto de todo lo que hay en ella. Comed, pues, ya que coméis de lo vues-

tro, y luego haremos que Ward nos dé lo que nos pertenece.

Entre los oyentes, hallábase Carolina, que escuchaba a John, asintiendo a sus razones, cuando ellas eran de concordia.

De improviso apareció Ward, abrióse paso a empellones, llegó hasta John y lo zarandó:

—¿Quién eres tú para dirigir la palabra en mi casa a los obreros?... ¡Fuera de aquí!

John hizo frente a Ward, y los dos hombres, llenos de odio, se acometieron, golpeándose brutalmente.

Robert y la viuda, que acababan de llegar, acompañados de la policía, presenciaban la lucha, en la que no quisieron intervenir, puesto que los dos enemigos peleaban en igualdad de condiciones.

Sólo Carolina, aterrada, ocultábase los ojos.

Más fuerte que su contrario, Hiram pudo levantar en vilo a John, al que arrojó por una ventana al jardín.

El obrero levantóse maltrecho y murmuró:

—Está bien, Hiram Ward... ¡Yo te aseguro que ésta me la has de pagar!

Congestionado de cólera, Hiram señaló la puerta a sus obreros:

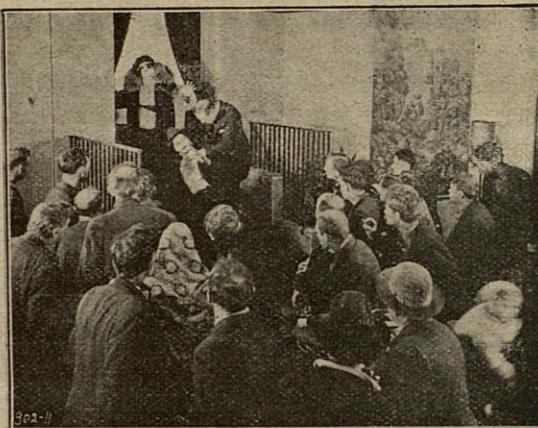
—¡Fuera de esta casa!

Salieron los trabajadores empujados por la policía. Entonces apareció, pálida y abrumada de tristeza, la señorita de Virginia.

Hiram fijó en ella sus ojos, veteados de venillas sangrientas.

—¡ De modo que yo no me engañaba! —exclamó.—Ha sido usted la que les dejó entrar haciéndoles el juego...

Ella callaba, con la cabeza caída sobre el pecho. La señora Hoyne sonreía maliciosa, convencida ahora de que el triunfo sería suyo.



...y los dos hombres, llenos de odio, se acercaron...

Ward extendió el brazo hacia la puerta, y le gritó a la joven:

— ¡ Salga con los demás!

Carolina alzó los ojos, húmedos de lágrimas, vió la ira que descomponía el rostro de Hiram, a quien su prima acariciaba con blandura, arreglándole el lazo de la corbata, que se le deshi-

ciera en la lucha y prodigándole toda clase de mimos cuidados, y dirigióse a su habitación para disponer su equipaje y marcharse de aquella casa, la casa de los Ward, cuya caballerosidad exaltara su tía antes de morirse, aconsejándole que se acogiera a ella.

Hiram temblaba de cólera y Robert lo observaba con tristeza.

Y Carolina desapareció a los ojos de los dos hombres.

— No lllore usted —la dijo, compasivo, Robert al pie de la escalera.

Muy pronto, acaso aquel mismo día, ella se iría para no volver.

III

Preocupado por la violencia de su conducta, hallábase Hiram a solas con sus pensamientos.

Ya habían consumido las llamas de la ira hasta sus propias cenizas, cuando Carolina entró donde él estaba, vestida lo mismo que el día que llegó, llevando en las manos su modesto equipaje.

— Lo siento de verdad —rumoreó.— Nunca supuse que usted llegaría a censurar mi conducta.

— ¿ Por qué invitó usted a entrar en mi casa a los obreros? —preguntóle Hiram.

— Porque tenían hambre ; Usted tiene tanto y ellos tan poco!... Creí que no hacía nada malo dándoles de comer.

Su voz era triste y sus ojos contenían las lágrimas con dificultad.

—Yo no podía pensar—añadió—que un Hiram Ward cerrase las puertas de su casa a unos hambrientos... ¡Daba pena oírlos llorar pidiendo pan!...



—No llore usted—la dijo, compasivo, Robert al pie de la escalera.

Aproximóse a él y rogó dulcemente:

—Prométame que procurará atenderlos cuando yo me marche.

Había en el timbre de su voz una pena tan honda al hacer esta súplica, que Hiram, vencido, prometió:

—Lo intentaré, Carolina. Nunca hasta ahora

me había dado cuenta de que ellos pudiesen tener razón.

Un instante reinó el silencio entre los dos. Carolina se acercó un poco más y dijo:
—¡Adiós!

Lentamente, encaminóse a la puerta. Hiram levantóse de pronto, con la expresión sacudida por una terrible angustia.

—¡Carolina!

Ella se volvió, detenida por el grito de él.

—¡No se vaya!

Sin vacilar, la joven quedóse inmóvil, y las manos de Robert, que se presentó en aquel instante, la desembarazaron del equipaje.

Poco después, vestida de nuevo a la moda, Carolina, lamentándose aún de lo que había ocurrido antes, recibía buenos consejos de Robert, quien le aseguraba que no debía temer que Hiram se acordase más de lo pasado.

Hiram, por su parte, también le dió, después de Robert, algunos consejos, reconociendo, al mismo tiempo, que hasta entonces se había portado demasiado duro con todos, prometiendo enmendarse.

La tarde de aquel día, Hiram convocó a los consejeros de la "Compañía Manufacturera".

—Señores, soy un hombre totalmente distinto al que ayer conocisteis—empezó diciéndoles.—La damita de Virginia me ha enseñado la lección, haciéndome ver que fuí demasiado arrogante y obstinado al no haber seguido los sanos

principios que en su conducta, como director de la Compañía, me enseñó mi padre.

A continuación expuso las bases de arreglo que pensaba proponer a los obreros, dando término a la huelga, y que por unanimidad fueron aceptadas por los miembros del Consejo, los



...recibía buenos consejos de Robert...

cuales concedieron a su director un voto de confianza.

En tanto, John, llevado por el espíritu de venganza, preparaba en su casa, con otros compañeros, un atentado contra Ward.

—Esto se cuidará de hacerlo desaparecer—dijo, señalando una máquina infernal con un

resorte de relojería a sus cómplices.—Luego seremos nosotros los dueños de la fábrica.

Al mismo tiempo, Carolina invertía los cientos de dólares que Hiram le había dado por su dólar del año de 1912, en adquirir ropas y alimentos, que repartía entre los niños y las mu-



Hiram, por su parte...

jerés de los huelguistas.

En su peregrinación caritativa, la joven llegó a casa de John, la mujer del cual no podía salir por permanecer cerca de uno de sus hijos, que estaba enfermo.

Carolina le dejó algunas cosas a la pobre mujer y se despidió, prometiendo volver en seguida con medicinas para el enfermo.

Poco después, John salía de su casa con sus compañeros y encontraba a la joven en su camino.

Acercóse a ella y, mostrándole un paquete cuidadosamente envuelto, le rogó:

—¿Quiere hacerme el favor de entregar esto



Carolina le dejó algunas cosas...

al señor Ward?

—Con mucho gusto.

Cogió el paquete Carolina y encaminóse al despacho de Hiram, que se hallaba aún con los consejeros.

—Necesito más dinero—dijo, dejando sobre la mesa del director el paquete.

—¿Qué has hecho de todo el que te di?

—Ya no me queda nada y necesito llevar medicinas al hijo de John.

La máquina de relojería que debía hacer estallar el paquete que John diera a Carolina, estaba preparada para que la explosión tuviera lugar a las tres y media en punto.

Pero aún no eran más que las tres y cuarto. La señorita de Virginia, después de obtener más dinero de Ward, salió del despacho. De pronto notó que algo le faltaba y, volviendo sobre sus pasos, entró de nuevo en la dirección, recogió, sin darse cuenta de lo que hacía, el paquete que poco antes dejara sobre la mesa de Hiram y salió dirigiéndose a la farmacia más próxima en busca de medicinas, que apresuróse a llevar a casa de John.

Ella misma quiso curar al niño enfermo, cogiéndolo en brazos y abandonando el paquete encima de una mesa.

Eran las tres y veinticinco. El reloj de la máquina infernal no se detenía en su marcha. Dentro de cinco minutos, si un accidente favorable no lo impedía, la máquina haría explosión dentro de la misma casa del que la había fabricado.

Las agujas marcaron las tres y veintiocho minutos. Transcurrió un minuto más. La puerta abrióse dando paso a John, quien dijo al entrar:

—¡Ahora me vengaré!... ¡Dentro de treinta segundos se acabará, para siempre, Hiram Ward!

Carolina, con el niño en brazos, le interrogó con la mirada.

—Una caja que le dí a usted se encargará de hacer el trabajito—añadió el obrero.

—¡Si no la dejé allí!—exclamó aterrada la joven, mientras sus ojos se dirigían al paquete que dejara sobre la mesa.

—¡Mira, allí está!—gritó la mujer de John.

El aparato dibujóse en el rostro del obrero. Loca de miedo, su mujer huyó con sus dos hijos. Carolina, entonces, cogió la caja y la arrojó lejos, y una horrenda explosión conmovió el pueblo de Hilton.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!—gritaba la mujer de John.

Algunos obreros corrieron hacia el lugar del siniestro y encontraron, debajo de los escombros, sin la menor herida, al pequeño. A su lado, yacía sin conocimiento Carolina.

Ward y Robert condujeronla a casa, donde la visitó el médico.

Por fortuna, la joven no había sufrido más que ligeras heridas, de las que curó en poco tiempo.

Ahora la señora Hoyne la visitaba todos los días, y, aprovechándose de la convalecencia, su lengua de serpiente fué inculcando en la mente crédula de la muchacha el veneno de la murmuración.

—Mi primo y yo estábamos a punto de casarnos—le dijo un día la viuda.—Pero desde que vino usted, parece que se ha olvidado de mí.

La joven incorporóse en el sofá en que se hallaba tendida y miró con temerosa duda a la señora Hoyne, la cual añadió:

—Tengo miedo de que la estancia de usted aquí haya perjudicado la reputación de Ward... La gente murmura y, como después de todo,



Ward y Robert la condujeron a casa...

usted no es de la familia, pues, claro... La verdad, no está bien que una señorita viva en la casa de un hombre joven.

Las lágrimas se agolparon a los ojos de Carolina.

—Si yo amase a un hombre—prosiguió la viuda—haría toda clase de sacrificios por él... Me iría de su lado sin decirle adiós...

La muchacha inclinó la cabeza. Demasiado ingenua, creyó en la pureza de los motivos que inspiraban las palabras de la señora Hoyne, y le tendió la mano en silencio, aceptando su consejo.

En otra habitación, Hiram hablaba con John,



—...*La verdad, no está bien que una señorita viva en casa de un hombre joven.*

el rebelde, que había sido herido por la explosión en un brazo, y venía a solicitar de Ward que le perdonase sus errores.

—Los dos teníamos una lección que aprender, y la señorita Carolina nos la ha enseñado.

—Ciento, señor—repuso el obrero.—Ella ex-

puso su vida salvando la de mi hijo, cuando yo quería arrebatáros la vuestra.

Patrón y obrero estrecháronse la mano, unidos por un mismo sentimiento de gratitud hacia la joven y por un idéntico deseo de resolver, de allí en adelante, las dificultades que surgieran en sus relaciones con la mayor cordialidad.

Para el pueblo de Hilton, este apretón de manos significaba la paz, después de la lucha, y la esperanza de que aquella no volvería a alterarse nunca, pues patrono y obreros tratarían de impedirlo siempre.

Al acabar aquel día, Hiram entró en la sala donde solía reposar Carolina.

Ella no estaba allí. La llamó y no tuvo respuesta. De pronto, vió una carta en una mesita. La letra era de la joven. Con una sorda inquietud, Ward rasgó el sobre y leyó:

"Mis buenos amigos: No me había dado cuenta de que mi estancia en su casa fuese la causa de las murmuraciones que, ignorándolo yo, tanto daño les han hecho... Siempre han sido ustedes buenos conmigo y nunca olvidaré estas bondades.

"Quiero darles una prueba de mi estimación y me voy. Así cesarán los comentarios maliciosos de la gente.

Carolina."

La lectura de esta carta reveló a Hiram, de una manera súbita, la naturaleza de sus sentimientos respecto de la joven. La ausencia de

ella producíale ahora una impresión dolorosísima... Corrió enloquecido hacia la calle.

—¿Dónde vas?—preguntóle Robert.

Hiram le enseñó la carta, diciéndole:

—Tú quédate aquí para cuidar de todo... Yo tengo un negocio muy importante que resolver.

—¿Se puede saber dónde?

Hiram no contestó a esta pregunta; bien es verdad que Robert tampoco necesitaba la respuesta.

—¡Ya era tiempo!—dijo Robert.

Y miró complacido cómo corría Hiram en busca de su "auto".

* * *

En medio de la fragancia y de la vegetación sorprendente de Virginia, en vano buscaba Carolina un poco de sosiego para su atribulado corazón.

Desde el día que abandonara la casa de Hiram, la sonrisa no había vuelto a asomarse a sus labios. Estaba triste, profundamente triste. De su pensamiento no se apartaba un momento el recuerdo de Ward.

La criada negra de la casa de su tía, donde ella vivía sola, se le acercó:

—Señorita, como siga usted así mucho tiempo, siempre triste y sin comer, de seguro le va a dar algo que concluirá con su salud.

Ella nada repuso. Tomó de la mano a dos niños e internóse con ellos en un bosque próximo. Mientras los pequeños jugaban, la joven

sentóse en la rama inclinada de un árbol corpulento.

La soledad le agradaba, porque en ella no había nada que interrumpiese el curso de sus pensamientos.

Una tarde, un "auto" llegó a las proximidades del retiro de la joven.

Ella, como todos los días, encontrábase en su lugar favorito, en medio de los árboles y de las flores, entregada a sus penosas meditaciones.

Del "auto" descendió Robert, quien corrió, sorprendiendo bruscamente a la joven.

—¿Usted aquí?

—Sí, Carolina; he venido para preguntarle si quiere usted casarse conmigo.

La muchacha se entristeció.

—Usted es un buen amigo mío, Robert, pero yo no puedo amarle.

Al secretario de Hiram no pareció sorprenderle mucho esta respuesta, y tal como llegó volvió a marcharse, sonriente y contento.

Montó otra vez en su "auto". Otro "auto" venía entonces en dirección contraria. En este último era Hiram el que viajaba.

—¿Qué estás haciendo aquí?—preguntó

—He venido para hacerle una proposición Ward, deteniendo el coche, a su secretario, a Carolina, porque creí que tú no tendrías sentido común para hacérsela.

Ward se turbó.

—No he hecho más que... proponer—añadió Robert tranquilizándole.

De nuevo empuñó el volante Hiram y siguió su camino.

Poco después Carolina volvía la cabeza y se dejaba estrechar por los brazos de Ward.

—Pero... ¿y la señora Hoyne?—preguntó de pronto Carolina con sobresalto.

Hiram estrechó contra su pecho a la joven y, mientras se inclinaba hacia su labios, bebiendo con los ojos la luz pura de los ojos de ella, contestó:

—La señora Hoyne nunca pensó en mí... Sólo quería mi dinero.

Un suspiro de alivio dilató el pecho de la joven, quien ya no se resistió a la caricia con que él le ofrecía su cariño.

FIN (Revisado por la censura militar)

PRÓXIMO NÚMERO
La interesante novela **EL INDOMADO**

Según la película del mismo nombre
interpretada por el simpático y estimado

TOM MIX

Asunto sorprendente

Postal escena: **VIVIAN MARTIN**

Precio 30 céntimos

40 páginas

Colecciones completas y números sueltos atrasados a precios corrientes, de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA, S. A.—Barbará, 16—BARCELONA, en sus agencias de provincias y en todos los kioscos de España

NÚMEROS PUBLICADOS.—1.-Los Guapos.—2.-Las dos riquezas.—3.-Vanidad Femenina.—4.-Los cuatro jinetes del apocalipsis.—5.-Las esposas de los hombres ricos.—6.-Dering, El Negro.—7.-En poder del enemigo.—8.-Heliotropo.—9.-Corazón triunfante.—10.-Por la puerta de servicio.—11.-Murmuración

437

111